

Clotilde

Clotilde Lariguet Pringles

Un destino al otro lado del océano



Mario Sacramento

Clotilde

Autor

Mario Sacramento

Clotilde

Clotilde Lariguet Pringles

Autor: Mario Sacramento

Primera edición, 2026.

© 2026 Editorial Mi Biografía.

Todos los derechos reservados de Mario Sacramento.

Datos de contacto de la editorial

www.mibiografia.com | info@mibiografia.com

Visita el Salón de los Inmortales



Dedicatoria

*E*ste libro está dedicado, desde lo más hondo del corazón y la gratitud, a la memoria de Clotilde Lariguet Pringles. Para la comunidad del Puerto de la Cruz y para cuantos la trataron, ella fue siempre Doña Clota; sin embargo, su familia la llamó Clotilde, y en la intimidad tibia del hogar, entre risas y juegos compartidos, para sus nietos fue simplemente *Coca*, el nombre dulce y entrañable que acompañó su infancia.

Estas páginas nacen como un tributo sincero a una mujer que supo ser pilar inquebrantable de los suyos. Con una fuerza serena y sin recurrir jamás a la queja, enfrentó circunstancias difíciles y sacó adelante a su familia con una dignidad admirable. Su existencia entera fue un ejemplo de compromiso, humildad y apego a los más nobles valores, defendiendo siempre lo propio con determinación y una ternura inagotable.

Va dedicado también a la mujer que fue la amalgama indiscutible de su hogar. Ella lograba reunir a todos en torno a la mesa, haciendo de cada cumpleaños una fiesta donde los primos crecían unidos y felices. Aunque su partida haya dejado un vacío que dispersó aquella cercanía, su huella sigue viva en cada generación. Para *Coca*, cuyo amor y fortaleza continúan guiando el camino y perduran en el recuerdo de quienes tuvieron la fortuna de llamarla abuela.

Índice de Contenido

Contenido	<i>Pág.</i>
Dedicatorias	5
Índice	7
Introducción	9
Louis Lariguet	11
En la primavera de la vida	17
Mientras tanto al otro lado del océano	23
Un amor, un viaje, otra vida	27
La vida en "las cabezas"	31
Cuando tuvo que tomar las riendas	39
El regreso a casa	47
Antes del último ocaso	51

Introducción

*H*ay historias que no buscan el estruendo de los aplausos ni el brillo efímero de los reflectores, pero que albergan una fuerza capaz de marcar para siempre el rumbo de toda una stirpe. La verdadera grandeza rara vez se anuncia con grandilocuencia; florece en la constancia cotidiana, en la dignidad frente a la incertidumbre y en la devoción silenciosa hacia los suyos. Este libro nace precisamente para dar voz a una de esas vidas excepcionales: la de una mujer entrañable que, detrás de su sonrisa afable y sus ademanes calmos, guardaba el temple inquebrantable de una auténtica luchadora.

A lo largo de estas páginas, el lector se adentrará en un relato íntimo marcado por los giros imprevistos del destino. Descubrirá los orígenes de una joven criada en la inmensidad del campo y forjada en sólidos valores tradicionales, cuya existencia daría un vuelco decisivo al cruzar el mar para iniciar una nueva etapa lejos de su tierra natal. ¿Cómo se echan raíces en un horizonte desconocido? ¿Qué sacrificios y batallas silenciosas se libran para levantar un hogar y asegurar el bienestar de las generaciones venideras frente a cualquier adversidad?

Para quienes tuvieron el privilegio de crecer a su lado, su recuerdo evoca el calor del hogar, las tardes compartidas y esa presencia protectora que

lograba mantener unida a la familia como una amalgama perfecta. Sin embargo, con el paso del tiempo y la madurez, aquella ternura cotidiana cobra una dimensión mucho más profunda: detrás de la abuela cariñosa que nunca se quejaba habitaba una mente perspicaz, una mujer adelantada a su tiempo que supo tomar decisiones certeras y conquistar metas que hoy parecen inalcanzables.

Esta biografía no solo cumple la promesa de custodiar un valioso legado familiar y una memoria que merece ser eterna; es también una invitación a asomarse a una travesía humana conmovedora y llena de coraje. En los capítulos siguientes se desvelará el viaje completo de una vida que demuestra cómo, ante las pruebas más exigentes del destino, la sabiduría y el amor incondicional son capaces de construir una huella imborrable.

Louis Lariguet

*T*oda gran historia familiar encuentra sus raíces en una determinación que transforma para siempre el porvenir de las generaciones venideras. Para comprender en su verdadera dimensión la vida y el temple de Clotilde, es indispensable remontarse a los pasos de su abuelo paterno, Louis Joseph Lariguet Pache. Nacido el martes 6 de enero de 1846 en La Bauche, una comuna del distrito de Chambéry, en Francia, Louis fue el cuarto hijo del matrimonio formado por Claudio Lariguet y Louisa Paché. En aquel entorno europeo transcurrieron sus primeros años, hasta que un hecho fortuito alteró para siempre el rumbo de su juventud. No había cumplido aún los veinte años cuando, mientras caminaba por una de las calles adoquinadas de su pueblo, observó un cartel publicitario en el que un lejano país en el sur de América ofrecía oportunidades a quienes estuvieran dispuestos a trabajar la tierra.

Louis vio allí una oportunidad que no quiso dejar pasar. Con paciencia y constancia reunió todo el dinero que pudo y, a los veintiún años, tomó una decisión tajante: abordó un vapor y se trasladó a Argentina con un billete solo de ida y la firme convicción de no regresar jamás a su tierra natal. La ruta marítima comenzó en Francia y demandó cuatro semanas de navegación a través del Atlántico. Durante todo ese trayecto, el barco realizó

una sola escala técnica para recargar carbón, agua y vituallas. Dicha parada tuvo lugar en el puerto de Santa Cruz de Tenerife, capital de una isla que guardaba un porvenir impensado para su familia, pues muchas décadas después allí echarían raíces los frutos de su estirpe.

El barco arribó al puerto de Buenos Aires el martes 30 de julio de 1867. Las condiciones de la costa exigían una maniobra difícil: como el vapor no podía llegar al muelle por carecer de la profundidad y la infraestructura adecuada para atracar grandes naves, debió anclar en la rada exterior. Desde allí, los pasajeros y la carga tuvieron que descender en lanchas hasta alcanzar los muellecitos precarios de la época. En preparación para la llegada de los inmigrantes, se había construido en los terrenos aledaños a los muelles un lugar donde recibirlos, conocido como el Hotel de Inmigrantes. Louis se hospedó en aquel albergue, pero no perdió el tiempo; tramitó con rapidez sus documentos y se aventuró al interior de este enorme país, hacia las pampas, con la firme intención de darle forma a su nueva vida.

Inició su camino trabajando en una panadería en Chivilcoy, empleo que le permitió sostenerse y ahorrar con prudencia. Con el tiempo, logró comprarse una chacra que dedicó por completo a la agricultura. Pasados los años, su empeño constante le permitió dar un salto mayor al adquirir una estancia con infinitas extensiones de tierra, donde trabajaría el negocio de la engorda de ganado. En Argentina, el término *estanciero* se utilizaba con frecuencia para describir al propietario de una estancia, entendida como una gran finca rural dedicada principalmente a la ganadería y, en ocasiones, a la agricultura. Louis Lariguet poseía una explotación rural de semejante envergadura, y sus terrenos eran tan extensos que, según la voz de sus propios hijos, no se podía ver el fin.

A la edad de veintiséis años, en enero de 1871, contrajo matrimonio

con Filomena Guicher, de dieciséis años, en la iglesia de Chivilcoy. Con ella formó un hogar en el que nacieron sus hijos: Enrique, Emilia, Luis, María, Alejandro, Eduardo y Teresa. De sus hijos nacieron más adelante treinta y ocho nietos que consolidaron las raíces familiares en la provincia de Buenos Aires.

Su hijo Alejandro nació pelirrojo y de ojos azules. Con el paso de los años, Alejandro se casó con Martina Pringles Gigena, una mujer de origen escocés, y tuvieron doce hijos: Alejandro, Roberto, Arnaldo, Edgardo, Marta, Elma, Elina, Nélide, Clotilde, Elsa, Óscar y Rodolfo. Fue precisamente en Villa Francia, en aquella estancia remota ajena a la vida de ciudad donde se engordaba el ganado, donde nació el 19 de abril de 1907 Clotilde Lariguet Pringles, criada bajo los sólidos principios de una familia tradicional.

En el centro de su latifundio, Louis construyó su casa y la llamó estancia Los Aromos. Era una casa de dos plantas, con una hermosa escalera de caracol y un parral que atravesaba el patio de su propiedad, cuya superficie abarcaba una manzana entera. Con el tiempo fueron surgiendo otras edificaciones: las propias para las labores de la estancia y las viviendas de las personas que trabajaban en su negocio. Aquel enclave no tardó en transformarse en el núcleo productivo y social de un territorio que cobraba vida gracias a su trabajo.

Siguiendo su visión, Louis ordenó dibujar la traza de la ciudad y contrató al agrimensor Luis Aubin, quien le entregó los planos de la población. Comprometido con el crecimiento de la comunidad, realizó una serie de donaciones de tierra para la construcción de edificios públicos: la iglesia, la escuela, la plaza pública y el ayuntamiento. Asimismo, donó doce hectáreas para lo que sería parte fundamental del motor económico del lugar: la estación ferroviaria. Esta terminal fue inaugurada en 1904 bajo el

nombre de Los Callejones, y en 1920 la estación comenzó a llamarse Coronel Granada, nombre que terminó extendiéndose a todo el pueblo.

Villa Francia se fundó el 25 de abril de 1909, y se le puso ese nombre en homenaje a su país natal. Louis eligió esa fecha porque fue el día en que fue autorizada la traza, considerándolo un elemento fundacional, datos que figuran en el decreto provincial del 4 de junio de 1991 y en documentos de la Cámara de Diputados bonaerense. Para conmemorar la fundación de la ciudad que había creado, Louis mandó acuñar una medalla de plata. Aquella medalla se convirtió en una valiosa reliquia familiar que su descendencia custodiaría a lo largo de su vida.

De origen francés, Louis aprendió a hablar el español, pero nunca perdió su acento característico. La gente del lugar solía llamarlo "*Don Luis*", que por sonoridad era como los lugareños entendían su nombre; sin embargo, él siempre los corregía con paciencia para que se refiriesen a él como Louis (se pronuncia «luí» (aproximadamente /lwi/ en el Alfabeto Fonético Internacional), en vez del frecuente "don Luis", defendiendo con orgullo el nombre que lo identificaba desde su infancia en Europa.

Villa Francia no había nacido de un impulso ni de una sola jornada de esfuerzo. Su fundación era el fruto de muchas décadas de trabajo, de una visión sostenida a través de los años y del coraje de un hombre que había dejado atrás la seguridad de su lugar de origen para aventurarse hacia lo desconocido. Don Louis Lariguet había partido en busca de un futuro mejor, llevando consigo los principios que orientarían sus decisiones y el deseo de construir un porvenir para su familia.

A aquella primera determinación le habían seguido años de trabajo ininterrumpido. Cada jornada exigía perseverancia; cada decisión, conciencia de sus consecuencias. El patrimonio se había formado poco a poco, al mismo

tiempo que una reputación que debía honrarse con las acciones de cada día. El amor por los suyos daba sentido al esfuerzo y lo proyectaba más allá de su propia vida. Con el paso del tiempo, lo que había comenzado como una aspiración personal se había convertido en el origen de una estirpe.

Al contemplar aquel camino, don Louis quiso dar una forma perdurable a su significado. Reunió a sus hijos en un encuentro privado en la estancia Los Aromos. Allí les habló del legado que deseaba confiarles:

—Esta medalla recuerda la fundación de Villa Francia. Pero para mí representa también los valores de nuestra estirpe: el coraje de dejar atrás el pasado cuando sea necesario, la perseverancia para construir lo que vemos en nuestro sueño, los principios que deben regir nuestras acciones y el amor por la familia que ha dado sentido a todo cuanto hemos hecho. El patrimonio que hoy tenemos nació de muchos años de trabajo; nuestra reputación, de la manera en que hemos vivido. Honren siempre la verdad y lleven nuestro apellido con respeto y con honor, recordando que su buen nombre se sostiene en la honestidad de sus palabras y en la dignidad de sus actos. Les entrego una medalla a cada uno para que, más allá de mi muerte, recuerden quiénes somos.

Entonces entregó a cada uno de sus hijos una medalla. En aquella pequeña pieza de plata quedaba recogida la memoria de un largo esfuerzo y, con ella, el compromiso de mantener vivos los valores que lo habían hecho posible.

La trayectoria de Louis Lariguet encarna el coraje de quien supo arriesgarlo todo por un porvenir fecundo en tierras lejanas. Desde el cartel observado en las calles de Chambéry hasta la fundación de Villa Francia y la consolidación de la estancia Los Aromos, su figura representó el inicio de una historia de trabajo infatigable. En el temple discreto, amable y firme de

Clotilde pervivió siempre esa misma determinación silenciosa, recibiendo de su abuelo un ejemplo de dignidad que marcaría a toda su descendencia.

En la primavera de la vida

*L*a juventud de Clotilde Lariguet Pringles floreció en el corazón sereno de la estancia Los Aromos, rodeada por la inmensidad interminable de las llanuras pampeanas. Al ingresar en la primavera de su vida, aquella joven de temple firme se distinguió por una obediencia cabal y un compromiso incondicional hacia su familia. Siendo una de las hermanas mayores en un hogar numeroso, asumió con naturalidad las responsabilidades cotidianas que marcaban la época. Clotilde era una mujer fuerte y diligente, capaz de atender con la misma soltura y presteza tanto los múltiples requerimientos del hogar como las demandantes tareas de la estancia. En su espíritu convivían una ternura entrañable hacia los suyos y una sólida madurez, convirtiéndose en un apoyo indispensable para el funcionamiento de una hacienda donde el esfuerzo mancomunado resultaba vital.

El escenario de sus años juveniles era imponente: una explotación rural tan colosal que, según decían los que allí vivían, no se alcanzaba a divisar el fin de sus tierras. En el centro de aquel dilatado latifundio se erigía la casa principal de dos plantas, distinguida por una hermosa escalera de caracol y un frondoso parral que atravesaba un patio cuya superficie abarcaba una manzana entera. En aquel entorno de trabajo constante, la cotidianidad giraba en torno a la cría y al engorde del ganado, así como al mantenimiento

minucioso de toda la propiedad y el cuidado de un huerto de cereales destinados a la pastura. Clotilde creció conviviendo de manera muy cercana con dos realidades complementarias: las faenas productivas que lideraba su padre y la administración doméstica que guiaba su madre.

Fue precisamente junto a su padre, Alejandro Lariguet, donde Clotilde adquirió una formación práctica excepcional que trascendía con creces la educación formal. Don Alejandro, hombre inteligente y respetado, permitía con mirada cariñosa que su hija participase en diversas labores para que aprendiese de todo. A su lado, la joven aprendió cómo se gestionaba el personal de la estancia, la manera rigurosa en que se pagaban los salarios y el método para asentar y llevar las cuentas. Con aguda atención, observó cómo se negociaban las compras de aparatos e insumos agrícolas, cómo se cerraban las ventas de hacienda y cómo se administraban el crédito y los cobros. Por encima de todo, aprendió de su padre un valor supremo que marcaría su carácter: ser honorable a la palabra empeñada y cumplir siempre los acuerdos pactados.

Al mismo tiempo, su madre Martina le enseñó con paciencia cómo se administraba un hogar de gran envergadura. Aunque la estancia contaba con personal de servicio, Martina procuraba que todos los miembros de la familia colaborasen activamente como parte fundamental de su formación. Clotilde aprendió las rutinas esenciales: la limpieza de la ropa, el tendido de las camas, el aseo minucioso de las habitaciones, la preparación de los alimentos y el orden del comedor y la loza. En aquellos tiempos no existían comodidades modernas como la electricidad o las neveras, por lo que la adecuada gestión, conservación y dosificación de las provisiones para alimentar a tanta gente constituía una habilidad sumamente valiosa. Aquellas jornadas le enseñaron que, aunque algunas labores fuesen más duras que

otras, se tiene que hacer lo que se tiene que hacer si se quieren obtener los resultados.

En la cocina de la casona, Clotilde aprendió las recetas tradicionales favoritas de la familia. Aprendió a elaborar exquisitas pastas caseras amasadas con la harina producida por su propia labranza, así como deliciosos postres típicos, entre los que destacaban el arroz con leche y las natillas de leche, preparados con leche fresca obtenida de los propios animales de la estancia. Eran labores continuas que requerían paciencia, método y dedicación. A través de estas prácticas hogareñas, Clotilde no solo fortaleció su destreza en la economía doméstica, sino que consolidó hábitos de orden, constancia y sacrificio que le quedarían para toda la vida, forjando el temple de una mujer dispuesta a resolver con serenidad cualquier exigencia material que se presentase en su camino.

Sin embargo, la actividad que Clotilde más disfrutaba en su juventud era recorrer el campo a caballo. Montar representaba para ella una necesidad y un deleite. Con destreza campesina, salía a vigilar los animales, localizar aquellas reses que se habían apartado del rodeo y comprobar minuciosamente el estado de los alambrados, las tranqueras y las aguadas. Sobre el lomo de su caballo, sentía un gozo inmenso al galopar por las extensas llanuras pampeanas. En esos instantes sentía una enorme libertad con el viento fresco chocando en su rostro, fundiéndose con la inmensidad del horizonte. Aquellas cabalgatas no solo reafirmaban su comunión con la tierra, sino que constituían un remanso de paz donde su espíritu se renovaba ante la inmensidad de las pampas.

A pesar de su alegría innata y su carácter afectuoso, Clotilde no solía hacer mucha vida social fuera de la estancia; su mundo permanecía centrado en el hogar y en las responsabilidades familiares. Así pasaron los años hasta

que cumplió los veinte años sin haberse echado novio. Para los estrictos cánones de la época, encontrarse soltera a esa edad tenía un nombre que socialmente no estaba bien visto, y Clotilde no quería ser una solterona. La presión social y las miradas ajenas crecían con frecuencia, generando una incómoda inquietud. En esos momentos de desasosiego, volver a montar a caballo y galopar por los latifundios a los que no se alcanzaba a ver el fin, sintiendo la brisa fresca en la cara, le concedía valiosos instantes de desahogo que la extraían de aquella incómoda sensación.

En medio de aquella etapa juvenil, un buen día don Alejandro encontró un momento oportuno para estar a solas con Clotilde. Se acercó a ella con afecto y le externó que quería decirle algo sumamente importante. Con paso pausado, la llevó al patio principal de la estancia Los Aromos, bajo la agradable sombra del parral. Estando reunidos ellos dos, Alejandro sacó de su bolsillo la reliquia más valiosa de la familia: la medalla de plata que le había entregado su propio padre, don Louis Lariguet. Se trataba de una pieza perteneciente a la serie limitada que el fundador había mandado acuñar para conmemorar la creación de Villa Francia el 25 de abril de 1909, entregada en su momento a sus hijos como emblema de una gran gesta fundacional, y símbolo del linaje familiar.

En aquel encuentro íntimo, don Alejandro le entregó la medalla a su hija y pronunció palabras de honda trascendencia. Con voz solemne, le explicó que esa medalla significaba la estirpe de la familia y representaba los valores familiares con los que se había construido el legado familiar: la importancia de honrar el apellido sobre todas las cosas, decir siempre la verdad y crear y proteger la reputación de la persona, que es parte indivisible de un linaje. Don Alejandro le enseñó que la estirpe es la sucesión hereditaria, formada por la descendencia de un sujeto a quien ella representa

y cuyo lugar toma. Asimismo, le remarcó que el honor era la base fundamental sobre la que debían conducirse, pues el honor para con la palabra que se ofrece debe valer exactamente lo mismo que un cheque al portador.

Aquel emotivo acontecimiento simbólico quedó grabado en el interior de lo más profundo del ser de Clotilde. Al sostener entre sus manos aquella reliquia de plata, la joven comprendió la magnitud de la confianza depositada en ella: su padre la convertía en la poseedora encargada de llevar consigo aquel profundo mensaje familiar a través de las generaciones venideras. La medalla no solo evocaba la memoria de su abuelo Louis y los esfuerzos pioneros que habían levantado un pueblo en la inmensidad pampeana, sino que se transformaba en una guía de vida inalterable. Con los valores del honor, la dignidad y la fidelidad a la palabra arraigados en su corazón, Clotilde floreció hacia la madurez consciente de su linaje y preparada para afrontar cualquier rumbo que el porvenir le deparara.

Mientras tanto al otro lado del océano

En julio de 1936, mientras la vida transcurría con su cadencia propia en los campos argentinos, una sombra implacable comenzó a cubrir el cielo de España. El estallido de la Guerra Civil sacudió hasta los rincones más apacibles, y en el norte de la isla de Tenerife, en las Islas Canarias, el aire se volvió denso por la incertidumbre. En aquel rincón insular, la tragedia no era una noticia lejana de periódico: llamaba a las puertas de las familias, dispuesta a cobrarse el tributo más amargo con la juventud de sus hijos.

Allí vivía una familia respetada por toda la comunidad. Margarita Peña González y su esposo, Don Cándido Hernández, habían forjado una posición holgada en Puerto de la Cruz. Eran personas de recursos, dueños de propiedades, tierras y negocios, pero sobre todo educadores de vocación honda. Margarita alfabetizaba, instruía con paciencia en costura, cocina y modales, y llenaba las tardes de música. Don Cándido, práctico y consciente de la dureza del trabajo agrícola insular, formaba a los muchachos en oficios útiles. Entre ellos instruyó al joven Manuel en la mecánica de motores.

Manuel era el centro de sus desvelos. Años atrás, en su lecho de muerte, Catalina, hermana de Margarita, le había confiado a su muchacho pidiéndole que lo protegiera como propio. Margarita asumió aquella promesa como un pacto sagrado sellado con el alma. Desde aquel instante,

Manuel tuvo en ella a una verdadera madre y en Don Cándido a un padre protector.

Sin embargo, el conflicto bélico quebró la calma. La orden de movilización general obligaba a los varones en edad militar a incorporarse al ejército. La sola idea de enviar a Manuel al frente resultaba insoportable; antes de ver marchar a su muchacho hacia las trincheras, Margarita estaba resuelta a perderlo todo con tal de honrar el juramento hecho a su hermana.

El matrimonio tomó entonces una decisión tajante. Renunciar a décadas de trabajo, tierras, negocios, empleados y afectos fue el precio por salvar su vida. Con solo los baúles que podían cargar a mano, abordaron en el puerto de Santa Cruz de Tenerife un vapor europeo en escala de aprovisionamiento hacia Sudamérica. Con el corazón encogido al ver la silueta del Teide perderse en el horizonte, zarparon rumbo a lo desconocido.

La travesía oceánica se sintió interminable entre el vaivén del agua, oraciones y temores. Al desembarcar en Buenos Aires, la inmensidad del continente sobrecogió a quienes provenían de una isla. De inmediato emprendieron un áspero viaje por caminos pedregosos que parecían internarse en un horizonte sin final.

Aquel trayecto culminó en Villa Francia. El choque inicial con el clima, los sabores y el habla local fue profundo, pero la hospitalidad de la comunidad mitigó la aspereza del cambio. Margarita y Don Cándido contemplaron aquel rincón pampeano como un refugio provisional, a la espera de que la guerra cesara para regresar a casa.

La vida cotidiana exigió salir adelante. Las enseñanzas de Don Cándido rindieron fruto con prontitud: Manuel consiguió empleo como ayudante en un taller mecánico. Con destreza entre herramientas y engranajes, comenzó a ganar el pan y devolver la calma a sus protectores. Sin

saberlo, en el pueblo fundado por Don Louis Lariguet, Manuel daba los primeros pasos hacia el porvenir de toda una estirpe.

En aquel modesto hogar reinaba una serenidad nacida de la devoción mutua. Doña Margarita brindaba calidez con la certeza íntima de haber cumplido su palabra con Catalina, mientras Don Cándido contemplaba con orgullo a Manuel regresar del taller, con la mirada limpia de quien labra su destino. Las noticias de España confirmaban la crudeza de la contienda y justificaban cada renuncia. Así, entre herramientas y esperanza, la familia aceptó integrarse en la comunidad de Villa Francia.

En el taller mecánico, las jornadas transcurrían entre el rumor sordo de los motores y el tintineo constante de las herramientas sobre los mesones de madera rústica. Manuel no tardó en ganarse el respeto del dueño del establecimiento y de los vecinos del pueblo; su destreza natural para diagnosticar las averías y su manera meticulosa de ajustar cada pieza demostraban la sólida instrucción técnica que Don Cándido le había brindado en la isla. Los colonos de la zona, habituados a lidiar a diario con la dureza de las faenas rurales y la exigencia implacable de la maquinaria agrícola, encontraban en aquel joven canario una mano confiable y trabajadora. Para él, sumergir los dedos en la grasa y limpiar bujías no suponía un simple empleo de subsistencia, sino el modo tangible de agradecer el inmenso sacrificio que sus tíos habían asumido por salvar su existencia.

Don Cándido solía acercarse al taller en las horas mansas de la tarde, contemplando desde la entrada el desenvolvimiento de su sobrino con una mezcla de serenidad y callada nostalgia. No resultaba sencillo para un hombre de su trayectoria, habituado a administrar sus propias fincas y a guiar con autoridad moral las aulas de Puerto de la Cruz, encontrarse de pronto

en una tierra remota donde nadie conocía su antiguo prestigio social. Sin embargo, su carácter noble y pragmático jamás dio cabida a la amargura ni al resentimiento. Entendía con lucidez que la verdadera dignidad no residía en las comodidades materiales dejadas atrás, sino en la entereza con que se respondía a la adversidad. Ver a Manuel a salvo de la metralla y con el porvenir en sus manos era para él la mayor victoria frente a la guerra.

Por su parte, Doña Margarita volcaba su inagotable calidez humana en la cotidianidad de su nueva vivienda. Aunque la llanura pampeana ofrecía un paisaje desprovisto del verdor isleño y del rumor del mar que durante décadas arrulló sus pensamientos, supo tender lazos afectivos muy sinceros con las mujeres de Villa Francia. Con la misma paciencia con que alfabetizaba a los muchachos en Tenerife, compartía ahora saberes domésticos, remendaba prendas con dedicación y escuchaba las vivencias locales con genuina empatía. En las noches, al sentarse juntos a la mesa sencilla, una mirada cómplice entre los esposos bastaba para disipar la zozobra provocada por las noticias bélicas que cruzaban el océano. La ausencia de Catalina pesaba en la memoria, pero el fiel cumplimiento de la promesa llenaba la estancia de una paz honda.

El contraste geográfico continuaba maravillándolos cada vez que el sol se ocultaba sobre el llano sin ninguna montaña que frenara su declive. Acostumbrados a la silueta omnipresente del Teide y a las cumbres canarias, la vastedad de aquel horizonte pampeano parecía una invitación abierta a reinventarse sin traicionar la propia esencia.

Pero el destino les tenía guardada una sorpresa.

En ese mismo pueblo Manuel cruzaría su camino con la descendencia de Don Louis Lariguet.

Un amor, un viaje, otra vida

La vida en la estancia familiar «Los Aromos» transcurría al compás sosegado de los campos de Villa Francia. Allí, entre las labores ganaderas y el cobijo de sus padres, Alejandro y Martina, la joven Clotilde se había convertido en un pilar insustituible para el hogar. Pero el destino, siempre silencioso y certero, aguardaba agazapado en una tarde cualquiera. Acompañando a su padre al taller mecánico del pueblo, sus ojos se cruzaron por primera vez con los de Manuel, un joven forastero de porte decidido que trabajaba allí como ayudante. Aquel primer chispazo fue mutuo, hondo e instantáneo, aunque ambos guardaron un pudoroso silencio campesino. La confirmación de aquel sentimiento no tardaría en llegar: bastó un nuevo encuentro un domingo cualquiera en la plaza del pueblo, para que el cortejo comenzara con la fuerza de lo inevitable. Fue un flechazo, un enamoramiento mutuo, un noviazgo breve, firme y decidido que culminó en un acontecimiento entrañable para la comunidad: su enlace matrimonial.

Villa Francia crecía poco a poco, y entre los anhelos de don Louis estaba que el pueblo contara con un templo. Ese deseo se hizo realidad con la construcción de la capilla de la Virgen de Luján, cuya inauguración quedó unida a un acontecimiento especialmente querido por la familia: la boda de su nieta Clotilde.

La celebración reunió dos motivos de júbilo. Para la familia, era la alegría de acompañar a Clotilde en el comienzo de su vida matrimonial; para Villa Francia, la emoción de inaugurar un lugar que pasaría a formar parte de la vida del pueblo. La población que había ido tomando forma encontraba en aquella capilla un espacio donde celebrar sus uniones, compartir su fe y reunirse como comunidad.

La boda adquirió así un significado que trascendía a los novios. Mientras Clotilde y Manuel unían sus vidas, Villa Francia abría las puertas de su nuevo templo. La historia de la familia y la del pueblo volvían a encontrarse, esta vez en una ceremonia hermosa y llena de júbilo.

También era la unión de dos mundos: el de Clotilde, arraigado en las tierras argentinas, y el de Manuel, llegado desde Tenerife. Sus orígenes, separados por un océano, confluían en aquella capilla bajo un mismo compromiso. Para don Louis, ver a su nieta casarse en el templo que tanto había deseado añadía un sentido íntimo a la celebración. En un solo acontecimiento se reunían el crecimiento de Villa Francia y una nueva etapa para su familia.

Aquella boda por amor auténtico, que desafiaba los acuerdos y mandatos tradicionales de la época, trajo consigo una profunda carga de nostalgia. La partida de Clotilde significaba una sentida ausencia en «Los Aromos». Dejaba atrás a su madre viuda, Martina, sobre quien recaía ahora el rigor de las tareas rurales, y a su hermano menor, Edgardo, a quien ella había cuidado y protegido prácticamente como una madre sustituta. Con el dolor de la despedida atenuado por la promesa de un pronto regreso, la joven pareja emprendió el gran viaje.

Corría el 1 de abril de 1939 cuando finalizó la Guerra Civil Española. Con la paz armada y la consolidación del nuevo régimen, Manuel y su

familia encontraron el momento idóneo para retornar a su tierra de origen. Con una situación económica desahogada, organizaron una prolongada luna de miel hacia las Islas Canarias que serviría también para presentar formalmente a la flamante novia argentina ante la familia insular. Durante la travesía sobre las aguas del Atlántico, una mezcla de emociones sacudía el pecho de Clotilde: la ilusión de una nueva vida junto al hombre elegido batallaba contra la culpa de haber dejado a los suyos en la pampa. Se aferró entonces a un consuelo íntimo: se trataba de una estancia temporal, de apenas un año, tras el cual volverían a la estancia para retomar el trabajo de siempre.

El desembarco en la isla de Tenerife le abrió las puertas a un mundo completamente desconocido. En el municipio norteño de Puerto de la Cruz, fueron recibidos con los brazos abiertos por los seres queridos que habían dejado tiempo atrás, incluyendo al personal que se había quedado a cargo de los negocios de Don Cándido y Doña Margarita. La joven pareja se instaló en la casona familiar de la calle Las Cabezas, una finca serena, abrazada por el verdor tupido e interminable de las plataneras. Los primeros meses tuvieron el encanto del descubrimiento: paseos por las playas del norte, excursiones a las faldas del Teide y el ir y venir de cartas que cruzaban lentamente el océano para mantener el hilo afectivo con Argentina.

Sin embargo, la adaptación no estuvo exenta de extrañezas. Para los lugareños, el suave acento argentino de Clotilde resultaba exótico y llamativo. A ella, por su parte, le costaba habituarse al omnipresente sabor del pescado fresco en la dieta insular y al agua de galería, cargada de una mineralidad volcánica tan distinta a las aguas mansas del campo bonaerense.

Su luna de miel estaba siendo maravillosa. Se hallaba en un lugar exótico, casi tropical, rodeada de bellezas naturales, gente amable y una costa

que le regalaba las caricias del viento al atardecer. Todo era perfecto y sabía que tras la luna de miel y regresar a casa, echaría de menos todo esto.

Casi había transcurrido un año desde su arribo, cuando sucedió algo imprevisto. Se quedó embarazada. El regreso en un largo viaje marítimo no era lo que recomendaba el doctor y decidieron quedarse para dar a luz. Y un buen día nació su primogénito a quien llamaron, a petición de Margarita, Manuel Alejandro Audón. Por primera vez surcó la mente de Clotilde la posibilidad de que su retorno pudiera diluirse al verse sobrepasado por la cotidianidad de su nueva vida.

Poco después, la sombra de la posguerra alcanzó al seno del hogar. Don Cándido, un hombre pacífico que por simple ingenuidad y curiosidad se había inscrito en las listas de ambos bandos contendientes durante el conflicto bélico, fue denunciado y clasificado injustamente como partidario del bando republicano. Encarcelado bajo la angustia permanente de un posible fusilamiento, enfermó gravemente de tuberculosis en prisión y falleció al poco tiempo entre las rejas. Aquella tragedia reconfiguró por completo la dinámica familiar. Doña Margarita apoyada de Manuel, tomaron las riendas de la casa y las fincas, y Clotilde se convirtió en su mano derecha incondicional, asumiendo con entereza la gestión doméstica.

Cuando su primogénito había cumplido poco más de un año, llegó Cándido Andrés.

Luego nació Edgardo Francisco.

Y después nacieron Margarita Miguelina de la Concepción, Clotilde Graciana y Gregorio Rodolfo —estos dos últimos nacieron con el cabello rubio a diferencia de los demás— y el menor, Arnaldo Domingo de Jesús.

Las raíces en suelo canario se aferraban a un destino que parecía tener sus propios planes.

La vida en "Las Cabezas"

*L*a casona familiar sita en calle Las Cabezas tenía una respiración propia, un latido incesante marcado por el bullicio de siete chiquillos que llenaban cada rincón con sus carreras y ocurrencias. Era un terreno generoso, cobijado por huertas, jardines abiertos y una calle tranquila donde los coches apenas eran una rareza lejana. Para los hijos de Doña Clota, como la llamaba su esposo y los vecinos, aquel espacio era el paraíso terrenal: cazaban lagartijas armados con tirachinas caseros, perseguían insectos entre los matorrales y armaban partidos de fútbol improvisados que solo terminaban cuando el sol comenzaba a caer tras el mar.

Para sostener semejante torbellino cotidiano, la casa contaba con la ayuda de mujeres nobles y trabajadoras venidas de La Guancha, un pueblo cumbbrero que por aquel entonces parecía quedar a leguas de distancia. Cada una tenía su tarea bien definida: María se entregaba con paciencia a las montañas de plancha; Josefina pasaba las mañanas frotando la ropa contra la piedra de lavar, junto al gran estanque de la finca; y Evelia, que reinaba entre los fogones de la cocina, se convirtió casi en una sombra protectora para los pequeños. La gestión de aquel personal recaía sobre Clotilde, quien, a pesar de los años en la isla, a veces tropezaba con las peculiaridades del lenguaje canario.

Un día vino a pedir trabajo a la casa una señora. Clotilde condujo la entrevista y al final le preguntó —"¿usted cuánto pide?", a lo que la señora respondió con el acento de su pueblo: —"dormir". Clotilde negó amablemente con la cabeza explicándole a la postulante con cariño que en la casa dormían varones entrando en la adolescencia y no quería arriesgarse a que anduvieran inquietos, a lo que la señora procedió a aclarar rápidamente: —«*dormir pesetas*» —queriendo decir dos mil pesetas en el hablar cerrado de las medianías, aclarando la divertida confusión anecdótica.

Aquel mundo convivía de cerca con la labor agrícola. El estanque, alimentado por las valiosas aguas procedentes de las galerías subterráneas, distribuía su caudal a través de tarjeas y badanas para regar las plataneras. Ese mismo verdor fue el escenario de más de una travesura inolvidable.

Tras una noche de película en el cine Olympia, donde se estrenó la película de D'Artagnan, el mítico espadachín de los tres mosqueteros, se despertó una chispa creativa en los niños. Al día siguiente, en las plataneras, con espadas hechas con cualquier cosa que encontraron por ahí, los niños crearon el escenario ficticio donde el enemigo elegido resultaron ser las plataneras, que por justicia divina tuvieron que ser atravesadas en batalla. Claro, esto no lo gustó a don Manuel, que llevaba seis meses regando esas matas para vender sus frutos. Cuando vio la escabechina, su silbido característico para mandar llamar a sus niños generó un silencio al que le seguiría una segura reprimenda.

Porque si algo ordenaba el ritmo de Las Cabezas era la disciplina inquebrantable impuesta entre Manuel y a quien consideraba su madre, doña Margarita. La hora del almuerzo, a la una en punto de la tarde, representaba un ritual sagrado. Nadie podía faltar ni llegar tarde. Tras lavarse escrupulosamente las manos, los miembros de la familia tomaban asiento por

riguroso turno de llegada frente a una mesa dispuesta para diez comensales. Manuel y Clotilde presidían un costado, mientras que doña Margarita se sentaba en el extremo opuesto. Manuel apenas necesitaba alzar la voz; su sola presencia imponía un respeto sobrecogedor. Una tarde, el pequeño Arnaldo entró a la carrera, sofocado y pidiendo agua a gritos: "¡Agua! ¡Agua!" ; al toparse en seco con la mirada fulminante de su padre, el niño frenó en seco y, transformando el pánico en ingenio sobre la marcha, corrigió con voz sumisa: «*Aguá...ntame el potaje*».

El menú diario, supervisado con esmero por Margarita, comenzaba siempre con un caldero de sopa o potaje, seguido de contundentes platos de la tierra: papas con carne, garbanzas compuestas, costillas con millo, salchichas, carne compuesta o paella. En esa mesa, sin embargo, el pescado se evitaba en la medida de lo posible debido al profundo rechazo que le provocaba a Clotilde, acostumbrada desde la cuna a las carnes de la pampa argentina. Pero ella aportaba a la mesa sus propios tesoros: un arroz con leche aromatizado con limón, canela y un toque de sal, suaves natillas caseras y, sobre todo, la pasta fresca que elaboraba a mano con su máquina tradicional —tallarines y espaguetis tendidos con primor— reservada para solemnidades como la Nochebuena. Todo se acompañaba con la fresca «agua del chorro», llegada directamente de la roca volcánica.

Sin embargo, tras las paredes de aquella casa próspera, Clotilde cargaba con silencios que le pesaban en el alma. Durante sus primeros años en la finca, solía aliviar la faena cantando con una voz dulce y afinada que llenaba los pasillos. A menudo, los peones que caminaban hacia los campos se detenían embelesados junto a su ventana, creyendo que en la casa sonaba un aparato de radio. A Manuel le enfureció la atención que su esposa despertaba en otros hombres y, con aspereza, le prohibió volver a cantar. Le

dijo: —“Clota, ¡ya no cantes!”. Clotilde agachó la cabeza y acató la orden. Fue una herida honda: jamás en toda su vida volvió a entonar una melodía, ni siquiera décadas después, cuando ya era viuda. Del mismo modo, tuvo que sobrellevar la insistencia de su esposo para que olvidase su acento argentino. Cuando le salía de manera natural, Manuel le decía: —“Clota, ¿todavía no se te quita ese acento?”, viéndose forzada a tragar saliva e intentar, sin éxito, desarraigar los giros de su tierra natal para evitar comentarios hirientes, lo que inconscientemente la llevaba cada vez con mayor frecuencia al silencio.

En aquellos tiempos Canarias no vivía una bonanza económica y mucha era la escasez en muchos hogares. Manuel ejercía su oficio de mecánico y cada vez que los pescadores de Punta Brava le pedían reparar los motores de sus falúas, aclarando que no tenían dinero para pagar, don Manuel siempre accedió a ayudarlos sin cobrar por ello una sola moneda.

A los días, mientras Clotilde faenaba sus labores domésticas en casa, las aletas de su nariz se expandieron ante un olor desagradable para ella que se hacía presente como si se estuviese acercando. Eran los pescadores que venían a entregar el fruto de su trabajo a don Manuel en agradecimiento a su apoyo. Y ese día se comía pescado.

De la misma manera, Margarita era un alma gentil y junto con Clotilde, en la medida de sus posibilidades, desahogaban las necesidades del prójimo entregando comida a todos los que acudían a su zaguán. Siempre hubo un pan, un bocadillo de chorizo, para entregar a todo aquel necesitado. Y en algunas ocasiones, para los más afortunados, recibían incluso un buen pedazo de pescado.

La vida transcurría atada a los ciclos del campo y la tradición. Cada dos de noviembre, con la festividad de los Finados, los medianeros de la familia —Perico, a cargo de La Paloma y La Guina, y José, responsable de

Las Cabezas y de los animales— traían a la casa grandes sacos de papas y manojos de flores recién cortadas. En el patio empedrado, Margarita tejía cruces y coronas mientras los niños observaban, listos para marchar en comitiva al cementerio a cumplir con el tradicional enramado de las tumbas.

Existían, eso sí, fronteras claras que Margarita cuidaba de no cruzar; durante la zafra del plátano, donde era menester cargar lo antes posible los camiones con las piñas de plátanos cosechadas en todas las huertas, y donde cada hombro, y cada hombre era un valioso activo, doña Margarita apartaba con firmeza a sus nietos de la carga de las piñas hacia los camiones, recordándoles el lugar que ocupaban.

Mientras tanto, el hilo que unía a Clotilde con su amada Argentina se volvía cada vez más fino y frágil. La ilusión de escribir a su familia requería sosiego, paciencia y concentración. Carentes de las tecnologías del presente, escribir una carta implicaba conseguir un papel blanco, de preferencia sin arrugar, tener claro lo que se iba a escribir, y aventurarse despacito y con buena letra, tratando de que las líneas salieran rectas y paralelas, iniciaba uno la aventura literaria. Un tachón en la última frase implicaba volver a iniciar, y ese miedo despertaba una sensación de incómoda incertidumbre en el estómago. Con la carta lista, se doblaba en dos, o en tres dependiendo del tamaño del sobre con sus características líneas azules y rojas típicos de la marca Correos de España, y en el reverso, se mojaba con la lengua la solapa, para activar con la saliva el pegamento que sellaría la secrecía del contenido. En el frente se escribía con la letra más clara posible el nombre y dirección del destinatario y se pegaban los sellos para demostrar el pago del porte del envío, y sobre la solapa trasera se escribían los datos del remitente. Por último, se iba al buzón de correos y se dejaba caer la carta por la rendija con la ilusión de imaginar la alegría de quien la recibiera...mucho, mucho tiempo

después.

En Las Cabezas, Clotilde aprendió a resistir y a florecer en la adversidad. Sin quejas, sin estridencias, soportando la nostalgia y volcando todo su ser en el cuidado de los suyos, se fue convirtiendo en el pilar silencioso e indispensable sobre el que se edificó el porvenir de toda su familia.

Aquella cotidianidad en la finca también estaba marcada por el rumor constante de los corrales que José atendía con devoción campesina. Los mugidos de las vacas al amanecer, el alboroto de las gallinas al recibir el grano y el trajín silencioso de los conejos y cerdos conformaban una sinfonía viva que envolvía las jornadas. Para los siete hermanos, aquel entorno no era únicamente un espacio de juegos, sino una escuela donde aprendían el valor del esfuerzo ajeno y los ritmos de la tierra. Doña Clota observaba ese ir y venir desde los ventanales de la casa, asegurándose de que cada tarea mantuviese el orden estricto que su suegra y su esposo exigían, pero procurando siempre deslizar una mirada comprensiva hacia sus hijos cuando los deberes amenazaban con apagar la chispa de su juventud.

En ese universo doméstico, la figura de Evelia adquirió un peso entrañable. Mientras en el comedor principal imperaba la solemnidad pétrea que Manuel imponía con su sola presencia, en la cocina se respiraba un aire de complicidad. Los pequeños solían escabullirse hasta los fogones atraídos por el olor a masa fresca o buscando el consuelo de una merienda antes de tiempo. Allí, entre los calderos de hierro y las cazuelas humeantes, Evelia les ofrecía una sonrisa protectora o un mendrugo de pan caliente, mediando con dulzura cuando las travesuras del día amenazaban con desatar un castigo mayor. Clotilde agradecía en silencio esa lealtad, encontrando en la muchacha guanchera un bálsamo discreto para suavizar la dualidad de la

disciplina y el esparcimiento.

Tomar yerba mate en su matera era para Clotilde una manera de volver, por un momento, a su tierra. En aquel sabor familiar encontraba algo de la vida que había dejado en Argentina: las costumbres con las que había crecido y el cariño por los suyos. Era un pequeño ritual que conservaba en Tenerife, una expresión cotidiana de sus raíces. Mientras bebía, la distancia parecía acortarse y los recuerdos llegaban con esa mezcla de afecto y nostalgia que la acompañaba cada vez que pensaba en Villa Francia.

Al caer la noche, cuando el bullicio de los juegos se apagaba, la quietud se adueñaba de Las Cabezas. Clotilde encontraba entonces un momento para repasar el día y dejar que sus pensamientos viajaran hacia su tierra natal. En el silencio de su habitación regresaba, con frecuencia, a la llanura pampeana: a la inmensidad de Villa Francia, al horizonte abierto y a la tierra donde su abuelo había dejado huella. Recordaba con cariño a los suyos y aquella vida que seguía siendo parte de ella, aun al otro lado del océano.

La nostalgia convivía con el bienestar de su presente. Tenía una vida buena, una familia a la que quería y motivos cotidianos de alegría. Añorar Argentina era una manera de mantener cerca a su gente, de volver por un instante a los lugares donde había crecido. Podía sentirse a gusto en Las Cabezas y, al mismo tiempo, echar de menos aquellos campos que parecían no tener fin.

Ese cariño también encontraba expresión en el cuidado de sus hijos. Doña Clota procuraba sostener la armonía del hogar y les ofrecía una ternura que suavizaba la severidad paterna. En su regazo hallaban una caricia, consuelo y la serenidad de sentirse queridos. Entre las labores del campo y las obligaciones de la casa, fue construyendo con ellos un vínculo que

perduraría en sus recuerdos: el de una madre fuerte y afectuosa, que conservaba el amor por la tierra de su infancia mientras cuidaba la vida que había formado en Tenerife.

Cuando tuvo que tomar las riendas

Hay momentos en la existencia en los que el destino deja de pedir permiso y simplemente embiste, obligando a transformar la templanza interior en una coraza inquebrantable. Para Clotilde, esa prueba definitiva llegó cuando la estabilidad que con tanto empeño había construido junto a su esposo comenzó a resquebrajarse. Primero fue la partida de Margarita, la matriarca que la había acogido a su llegada a la isla; poco después, una sombra todavía más densa se cernió sobre el hogar cuando a Manuel Marrero Peña le diagnosticaron una extraña e intratable afección cerebral, un padecimiento esquivo frente al cual los recursos médicos insulares de la época poco o nada podían ofrecer.

Frente a la vulnerabilidad de su compañero, Clotilde no se concedió el lujo del desmoronamiento. Con la misma serenidad con la que antaño observaba los temporales en el campo, asumió sin vacilar las riendas de la casa y de las fincas. Si el techo de la antigua casona cedía tras los aguaceros y las humedades amenazaban con invadirlo todo, ella misma se enfundaba en el mono de trabajo de su marido, tomaba las herramientas con manos firmes y subía a reparar las averías. No había espacio para la queja ni para la autocompasión; la supervivencia y la dignidad de los suyos estaban en juego.

Dispuesta a agotar hasta la última posibilidad de salvar a Manuel,

tomó una determinación tan drástica como valiente: desprenderse de la finca «La Paloma». La venta de aquella valiosa tierra financió un viaje médico hacia Suecia, desafiando la distancia y la incertidumbre con la única esperanza de hallar un tratamiento avanzado. Sin embargo, la ciencia no logró doblegar el avance del mal. Manuel falleció el 17 de enero de 1966 en Puerto de la Cruz, dejando a Clotilde sumida en un dolor hondo y silencioso.

Aquel día, la soledad adquirió un peso tangible. Devastada pero resuelta a honrar la memoria de su esposo, tomó una decisión radical: retiró de sus armarios cualquier prenda de color y adoptó para el resto de sus días un riguroso y solemne luto negro. Vestida de oscuro, se plantó ante la vida para encabezar en solitario un hogar complejo, con siete hijos ya mayores cuyas demandas de formación, manutención y vida social requerían de un pulso firme y una economía milimétrica.

Fue en esa etapa donde floreció la educación comercial que había recibido de su padre, Alejandro Lariguet, en los lejanos campos pampeanos. Clotilde conocía a la perfección el lenguaje de las cuentas claras, la disciplina en el cumplimiento de los contratos, la negociación con los proveedores y el manejo sensato del crédito. Administraba los bienes con rigor y una lucidez admirable, asegurándose de que cada peseta rindiera y de que a ninguno de sus hijos le faltara el porvenir que sus padres habían soñado para ellos.

Comprendiendo que la antigua morada de Margarita y Andrés ya no ofrecía las condiciones adecuadas debido a su deterioro y humedad persistente, decidió derribarla para levantar un nuevo hogar. Confiando en la capacidad de su hijo Edgardo, recién graduado como aparejador, financió con los fondos restantes de «La Paloma» la construcción de lo que sería el «chalet del Puerto». Se trataba de una edificación moderna y luminosa,

diseñada con tres apartamentos independientes en la planta baja y una amplia residencia familiar en la parte superior, concebida para cobijar el presente y resguardar el futuro de la estirpe.

Esa determinación también se manifestaba cada vez que alguien intentaba cruzar los límites del respeto. Una tarde, Clotilde escuchó ruidos sospechosos entre las plataneras próximas al estanque, cerca del corral de las gallinas. Doña Clota dio la voz de alto. Al no obtener respuesta, empuñó una escopeta de cartuchos de doble cañón y disparó al aire sin titubear, provocando la desbandada aterrada de unos traviosos muchachos hijos de los vecinos que andaban jugando, que ante el estruendo sonoro del disparo salieron corriendo a cuatro patas sobre las tuneras prefiriendo llenarse de picos antes de arriesgarse a recibir un perdigonazo. Con ese gesto contundente, quedó claro para todos en la comunidad que la hacienda estaba bajo la custodia de una mujer que no conocía el miedo a la hora de proteger lo propio.

A pesar de su carácter férreo y de salir poco de casa, su puerta permanecía siempre abierta para los vecinos, quienes la visitaban con frecuencia para compartir una charla reposada y probar sus dulces. En medio del torbellino de responsabilidades, conservó invariable su rincón de paz: una calabaza tradicional donde cebaba diariamente la yerba mate, bebiéndola a través de una bombilla rematada en plata. En ese ritual silencioso, Doña Clota respiraba hondo, enlazaba su pasado con su presente y renovaba las fuerzas para continuar guiando a los suyos con sabiduría, entereza y un amor inquebrantable.

Cebear el mate cada mañana no era una simple costumbre cotidiana; constituía un puente invisible tendido a través del océano Atlántico. Sentada a solas frente a la mesa, en aquellos instantes en que la casa aún reposaba en

penumbra, el suave crepitar del agua caliente sobre la yerba abría una compuerta hacia los recuerdos de su juventud en la estancia pampeana. En esa soledad serena, el luto que vestía no representaba únicamente una señal exterior de viudez, sino el testimonio silencioso de un pacto de respeto eterno con Manuel. Aquel luto negro, del que jamás se despojaría, se convirtió en una segunda piel que marcaba su presencia con una solemnidad inalterable. Sus siete hijos comprendían que, detrás de ese tejido oscuro y de su semblante casi siempre reposado, latía una determinación que no admitía desmayos. La vida continuaba exigiendo respuestas concretas, y Doña Clota no estaba dispuesta a permitir que las dificultades minaran los cimientos de la familia que con tanta dedicación habían edificado.

La etapa de la demolición de la vieja casona familiar y la posterior edificación del chalet del Puerto puso a prueba, una vez más, su capacidad organizativa. Durante los meses en que se prolongaron las obras, fue necesario trasladar a toda la familia a una vivienda de alquiler temporal. Aquella mudanza forzosa supuso un reto mayúsculo: acomodar las pertenencias, mantener la disciplina doméstica y coordinar las necesidades de siete muchachos en plena juventud, todo ello en un espacio prestado. Sin embargo, doña Clota gobernaba aquel tránsito sin alterar la voz ni permitir el caos. Supervisaba los gastos diarios con una libreta donde hacía las cuentas en la que cada apunte cuadraba al céntimo, vigilando de cerca que los recursos derivados de la venta de «La Paloma», y los negocios agrícolas de las fincas, se invirtieran de manera escrupulosa en los materiales de construcción que Edgardo requería. Confiaba plenamente en el criterio técnico de su hijo aparejador, pero supervisaba el avance de las paredes con el ojo riguroso de quien conocía el valor exacto de cada bloque y de cada saco de cemento.

Antes de concluir la obra se acabó el dinero, y Clotilde tuvo que hacer uso de sus habilidades, su creatividad, y lo que su padre le enseñó sobre el manejo del crédito para obtener los recursos necesarios para terminar el edificio. Cuando finalmente se inauguró la nueva vivienda, la sensación de alivio y triunfo silencioso fue compartida por todos. La distribución del chalet fue una muestra tangible de su inteligencia práctica: los tres apartamentos independientes en la planta baja no solo ofrecían una solución habitacional flexible o una fuente de ingresos potenciales, sino que otorgaban solidez económica al patrimonio. En la planta alta, la residencia familiar se convirtió en un refugio luminoso, espacioso y ventilado, alejado para siempre de las sombras y humedades que habían marcado los últimos inviernos de la antigua vivienda. Allí, doña Clota consolidó una rutina donde la eficiencia y la calidez convivían en armonioso equilibrio. Aunque sus salidas al exterior se redujeron al mínimo imprescindible, la vivienda nunca estuvo aislada del mundo. Al contrario, se convirtió en un punto de encuentro vecinal, donde los visitantes encontraban una anfitriona dulce pero perceptiva, capaz de descifrar las verdaderas intenciones de sus interlocutores con una sola mirada atenta.

Delegó la administración de la finca de las Cabezas en su hijo mayor, Manolo, quien se ganó el respeto unánime tanto de los trabajadores como de los comerciantes de la comarca, a la vez de la admiración de su madre, quien supervisaba su buen hacer. A su cargo estaban también las galerías de agua, las plantaciones de plátanos y los animales. Mientras tanto Clotilde seguía a cargo de la finca de la Güina.

Los créditos obtenidos para lograr la construcción de la nueva vivienda se fueron pagando con total apego a los acuerdos hasta que llegó el día en que pagó el último recibo.

Aquellas lecciones de contabilidad y comercio aprendidas junto a su padre Alejandro cobraron una vigencia salvadora; sus decisiones no dependían de intuiciones pasajeras, sino de un análisis frío de la rentabilidad y de la prudencia financiera. Bajo su tutela, las tierras no solo conservaron su productividad, sino que garantizaron el desahogo económico de sus hijos, protegiéndolos de los vaivenes que a menudo amenazaban a las economías familiares de las islas.

La vida no pasa en vano, y el tiempo no toma descansos. Ahora sus hijos comenzaban a formar sus propias familias y no pasó mucho tiempo hasta que llegaron los nietos.

Más allá de los balances contables y la rigidez de las obligaciones cotidianas, la auténtica amalgama de su existencia residía en mantener unida a su descendencia. En cada cumpleaños y en cada celebración señalada, Coca, como le decían sus nietos, convertía el hogar en una fiesta de afectos. La cocina se llenaba de aromas a recetas tradicionales y dulces caseros que ella misma preparaba con esmero, esperando con ilusión el alboroto de los nietos que correteaban por los pasillos a la espera del postre. En esos momentos familiares, la mujer adusta que disparaba al aire para ahuyentar intrusos o que negociaba cosechas con mano de hierro se transformaba por completo en la abuela amorosa, comprensiva y dulce que todos buscaban para recibir una caricia. Sabía escuchar sin juzgar precipitadamente, transmitiendo a las nuevas generaciones el valor supremo del respeto mutuo y la lealtad fraterna. La presencia de doña Clota funcionaba como un faro que impedía cualquier distanciamiento entre los suyos, reuniendo bajo un mismo techo las alegrías compartidas.

Con el paso de los años, doña Clota había logrado construir la estabilidad financiera que le permitía por un lado, una vida holgada a la

familia, y por el otro, la aparición de algo completamente nuevo para ella: la libertad.

Con la mirada puesta en aquella vieja medalla de plata que recordaba sus orígenes, se preparaba para cumplir el sueño que había aguardado pacientemente durante cinco décadas: regresar a casa para reunirse con los suyos.

El regreso a casa

*H*acía falta haber vivido con el corazón templado para comprender el peso exacto de medio siglo de silencio. Desde aquel día lejano en que unió su destino en matrimonio ante el altar de la capilla de la Virgen de Luján, Clotilde había asumido el compromiso de su nueva vida con una lealtad inquebrantable. Aquella boda no solo significó el inicio de su hogar junto a un isleño laborioso, sino también la despedida de su tierra natal y el desprendimiento de sus raíces más queridas. Con discreción y sin emitir jamás una queja, guardó en lo más hondo de su ser el dolor de alejarse de su madre y de su pequeño hermano Edgardo, cruzando el océano hacia las Islas Canarias para entregarse en cuerpo y alma al bienestar de una familia numerosa que no tardó en florecer con la llegada de siete hijos.

Fueron décadas de un trabajo arduo y constante, de madrugadas silenciosas y noches en vela administrando un hogar que requería toda su energía, su inteligencia y su entereza. Clotilde postergó sus propios anhelos para sostener los pilares de la casa, convirtiéndose en el refugio seguro de los suyos. Sin embargo, al alcanzar los setenta años de edad, el ritmo de los días comenzó a transformarse de manera providencial. Con los hijos ya mayores, con rumbos propios e independientes, aquella demandante sensación de responsabilidad extrema empezó a dar paso a un remanso de paz. Por

primera vez en mucho tiempo, experimentó un alivio profundo en el pecho, una serena certidumbre de haber cumplido con creces su misión y de no vivir ya asfixiada por las exigencias inmediatas. Ese sosiego interior despertó en ella la firme determinación de saldar una deuda pendiente con su memoria: regresar a la Argentina.

Emprender aquel viaje tras cincuenta años de ausencia representaba un reto conmovedor. En aquellos tiempos en los que viajó a Canarias no existían las facilidades de la comunicación instantánea ni las pantallas que acortan distancias; las cartas tardaban meses y el alejamiento físico había sido un muro real durante medio siglo. Volver era desandar los pasos de toda una vida. Aunque el paso inevitable de los años le arrebató la posibilidad de abrazar a su madre y a varios de sus hermanos que ya habían partido, la emoción de pisar nuevamente suelo argentino fue inmensa. Allí, esperándola con el corazón en la mano, se encontraba su querido hermano Roberto, listo para estrecharla en un abrazo que concentraba décadas de añoranza.

El reencuentro familiar fue un bálsamo para el espíritu. Junto a Roberto estaba su hija Elsa, quien en aquel entonces aguardaba con ilusión el nacimiento del que sería el último varón de esa rama de la familia: el pequeño Martín. En derredor corroteaban los otros dos nietos, Agustín y Guillermo, llenando los salones de una frescura y una alegría que contagiaron de inmediato a la recién llegada. No faltaron en aquellas reuniones los momentos de humor y sorpresa provocados por las variaciones del lenguaje después de tanto tiempo separada de su entorno de origen. En una de las veladas familiares, Clotilde escuchó con que llamaban al pequeño Guillermo por el apodo de «Memo». Su temple formal y protector se alarmó al instante, pues interpretó con preocupación que estaban tratando de «tonto» al niño ante sus propios ojos. Con la prudencia y el respeto que siempre la

distinguieron, preguntó discretamente al respecto, desatando las risas cariñosas de los suyos al aclararle que en la región no era más que un diminutivo familiar lleno de ternura.

Durante aquella estancia, los suyos se esmeraron por brindarle calidez y atenciones. Elsa, en un gesto de cariño y complicidad femenina, la invitó a trasladarse a la localidad de 9 de Julio, donde residía Roberto, para acudir juntas a una moderna peluquería. Aquella jornada entre secadores, peines y conversaciones pausadas fue mucho más que un simple arreglo personal; representó una experiencia grata y reconfortante frente a la memoria de aislamiento y austeridad que marcaba a las zonas rurales de su juventud.

Sin embargo, el instante más sobrecogedor del viaje aguardaba en la estancia familiar de Villa Francia, el poblado pampeano fundado por su ilustre abuelo Louis Lariguet. Al recorrer aquellos caminos de tierra donde había transcurrido su infancia entre haciendas y ganado, Clotilde experimentó una revelación tan lúcida como inesperada. Aunque el amor de sus hermanos permanecía intacto y vibrante en cada mirada, el entorno material parecía haberse detenido en el tiempo. Aquella estancia que en sus recuerdos de juventud brillaba con dinamismo y esplendor, lucía ahora apacible pero detenida en el pasado, ajena por completo al compás del desarrollo contemporáneo.

El contraste entre ambas realidades se hizo evidente en su espíritu. Durante las cinco décadas transcurridas en la isla, Clotilde había forjado una existencia caracterizada por el refinamiento, la solvencia económica y el acceso a comodidades formativas y culturales donde incluso la educación y las buenas costumbres se inculcaban con esmero. Ese choque entre el recuerdo idealizado de su tierra natal y el presente palpable le permitió comprender que la vida y el progreso habían avanzado a ritmos muy

diferentes a cada lado del océano.

Aquella certeza no le provocó decepción, sino una profunda y agradecida paz. Entendió con absoluta claridad que la nostalgia que la había acompañado durante dos terceras partes de su existencia había encontrado su sentido final. Tras contemplar el horizonte de la pampa y honrar el linaje de sus mayores, Clotilde supo con el corazón abierto que su verdadero hogar, el fruto maduro de sus batallas y sus más grandes afectos, estaba definitivamente afianzado al otro lado del Atlántico, en el puerto de la isla donde sus hijos y nietos continuaban escribiendo su historia.

Antes del último ocaso

Tras aquel viaje a su Argentina natal que cerró con serenidad una etapa fundamental, Clotilde regresó a Canarias con la paz del deber cumplido. La madurez le permitía contemplar su vida con hondura: la niña que creció en las pampas de Villa Francia había echado firmes raíces bajo la silueta del Teide. La estabilidad de su hogar era el fruto de décadas de trabajo constante, honradez y una inteligencia silenciosa que no precisaba de aspavientos.

En su casa de la calle de Las Cabezas, en el Puerto de la Cruz, el día a día transcurría en su terraza. Frente al Teide y al trajín del barrio, compartía tertulias con café, té, repostería y mate con sus vecinas y amigas: Doña Inocente, Margarita Padilla y Doña Isabel. Entre risas, recordaban anécdotas como la de aquel pretendiente de su hija Clotilde, Miguel Ángel, célebre por estrujar abejas asegurando obtener miel.

Clotilde guardaba también una singular picaresca. Cuando una visita inoportuna se alargaba, ponía disimuladamente perejil fresco bajo el brazo de un San Pancracio en la cocina. El gesto obraba el milagro de acelerar las despedidas, arrancando una sonrisa cómplice a quienes conocían la treta.

Para sus nietos Coca era ternura y cobijo incondicional. En el patio trasero organizaba cumpleaños inolvidables con piñatas, chocolate caliente y

meriendas que reunían a todos los primos. Aquellas fiestas eran el corazón de la familia y ella, la amalgama viva que la mantenía unida. Su entrega iba a la par de su determinación: viajaba con soltura en guagua y logró que instalaran una parada frente a su puerta, según decía, para facilitarle a sus nietos que vinieran a visitarla directo a la puerta de su casa.

Ahora se permitía salir de su casa y dedicarse tiempo a sí misma y a las familias de sus hijos. A Clotilde le gustaban las bromas, y una vez le llevó de regalo a su nieta Leida, durante una visita a la casa de su hija en la calle del Tejar en La Orotava, un caracol que había tomado de su huerto. Por la cara que puso Leida, que tenía muy pocos años de edad, parecía que era el primer caracol que veía en su vida. Coca le dijo con cierta picardía y ante la completa atención de su nieta, que debía vigilarlo para que no se escapase corriendo. Y así lo hizo. Pero entre juegos y cosas de niños, cuando Leida fue a buscar al caracol al que Coca había llamado "Perejil" como el personaje del programa televisivo Barrio Sésamo, lo encontró lejos e inalcanzable cerca ya de la ventana del vecino.

Su descendencia floreció y le dieron muchos nietos. Manolo se casó con Pepa y tuvieron a Margarita, Emma Rosa y Alexis. Cándido se casó con Marlies, y tuvieron un varón que llamaron Frank. Margarita se casó con Sigmund, noruego, y tuvieron a Sigvald y a Lisbeth. Clotilde se casó con Tomás y tuvieron a Mario, Elina y Leida. Gregorio se casó con Ana, y tuvieron a Rodolfo, y Arnaldo se casó con Gaby y tuvieron a Ruth, Nayra y Arnaldito.

Y Coca ahora tenía todo el tiempo para ellos.

En la cocina preparaba con ilusión los postres favoritos. Sabedora que ante la presencia de los nietos los postres no llegarían a la nevera, custodiaba sus natillas que siempre servía en una fuentes de color ámbar, y el arroz con

leche en unos tarritos de cristal de color rosa pálido. Su estrategia era poner una bandejita sobre la mesa con unos caramelos de dulce de leche para saciar la impaciencia de los niños.

Una tarde mientras los nietos pululaban por la casa entre juegos, llamó a su nieto Mario y le pidió su atención. Mario tendría unos diez años pero entendió perfectamente que algo importante iba a suceder. Coca se acercó a él, sacó algo de su bolsillo y se lo mostró. Era una brillante medalla plateada. Le dijo con voz calmada: -Mario, quiero a todos mis nietos por igual, pero te elijo a ti para que tengas esta medalla. Representa el origen de nuestro linaje y los valores de la familia. Cuídalo siempre.

Al recibirla, quizá sintió un pequeño temblor en sus piernas de unos nervios que no alcanzaba a comprender, pero dentro de sí estaba convencido de que había sido depositario de un tesoro intergeneracional, a quien ahora debería cuidar a toda costa. Por el resto de su vida.

Mario aceptó el encargo, tomó la medalla con sus manos, y con todo el respeto la guardó como el mayor de sus tesoros.

Coca murió el 11 de marzo de 1986 en el Puerto de la Cruz.

Su legado vive en la sangre de sus descendientes y en el patrimonio que supo proteger y transmitir. Fue una mujer valiente y amorosa, responsable y comprometida.

Clotilde nació en una tierra y construyó su vida en otra. Entre ambas quedaron un océano, la nostalgia y todo lo que supo sacar adelante. Antes del último ocaso, dejó una medalla en manos de su nieto. Con ella pasó también su historia: la de la niña Clotilde, la mujer que sus vecinos llamaron Doña Clota, y de la que sus nietos conocieron por Coca.

FIN

ACERCA DEL LIBRO

Clotilde Lariguet Pringles nació en Argentina, pero el amor la llevó al otro lado del océano. Lo que debía ser una luna de miel en Tenerife se convirtió en una vida entera, marcada por el deseo de regresar a su tierra.

Conocida por sus vecinos como Dona Clota, afrontó la muerte de su esposo y asumió las riendas de la familia y los negocios, tomando decisiones atrevidas para salir adelante. Cuando finalmente volvió a Argentina, comprendió que el hogar también era aquel lugar donde había visto crecer a sus hijos y nietos.

Esta es la historia de una mujer entre dos tierras: sus raíces, sus pérdidas, su coraje y el legado que dejó en manos de las siguientes generaciones.